La Era de la Posverdad

Guadalupe Nogués

El gato y la Caja

Hace un tiempo empezamos a preguntarnos cuál era el arma más efectiva contra una de las amenazas más claras de nuestra época: la posverdad, y el mejor antídoto que se nos ocurrió es una bomba de comunicación orientada por la empatía y alimentada por evidencia. Una herramienta que desnaturalice narrativas y que conecte con tantas personas y puntos de vista como sea posible: una Guía de Supervivencia en Tiempos de Posverdad, cuya manifestación última será en forma de libro, para poder prestarlo, moverlo, compartirlo y tenerlo en la mesa, que sirva de consulta y defensa como lo que es: una guía.

[...]

La superficie del mundo sube y baja, y en el camino va desde la profundidad de la fosa de las Marianas, la parte más profunda de los Océanos, a la cumbre del Everest, en una sola línea continua que podemos seguir sin levantar el dedo del mapa. Entre el punto más profundo y la cumbre más alta no hay más que una diferencia de grado, y podemos pasar de uno a la otra. Sin embargo, el simple acto de leer dos diarios distintos, o de escuchar la conversación entre intelectuales que provienen de distintos campos del saber nos muestra hoy un abismo de otra naturaleza, un paisaje quebrado y discontinuo donde la distancia entre A y B es infinita porque resulta imposible ir de A a B.

De pronto, los hechos se vuelven hechos en la medida en que encajen en los deseos de cada grupo, de cada *tribu*. Cada uno de estos grupos desarrolla su propio lenguaje, un lenguaje que, de las muchas funciones del lenguaje, privilegia la capacidad de incitar a las emociones, y empuja a esas emociones a construir paisajes sólo accesibles a quienes compartan la forma de mirarlos. Como el mundo es uno sólo pero los ojos son diversos, el discurso tribal nos separa progresivamente y nos polariza. En *La muerte de la tragedia*, de 1961, George Steiner decía: “Las palabras nos arrastran a enfrentamientos ideológicos que no admiten retiradas. (…) Consignas, clichés, abstracciones retóricas y falsas antítesis se adueñan de la mente (…) El comportamiento político ya no es espontáneo y no responde a la realidad. Se congela alrededor de un núcleo de retórica inerte. (…) En vez de convertirnos en los amos del lenguaje, nos volvemos sus siervos”. Además, los medios de comunicación amplifican cada vez más las voces más extremas porque eso los vuelve más confiables a los ojos de una audiencia que, después de todo, espera que digan exactamente lo que espera que digan.

Y en la tierra baldía alrededor del abismo, en el territorio que cada tribu nombra como suyo, crece una semilla infecciosa: la posverdad.

La *posverdad* es distinta del error, o de la mentira. El que yerra puede eventualmente encontrar y corregir su error. El que miente, sabe que miente. Podemos definir la posverdad como el momento en que los hechos se ocultan, moldean, manipulan (muchas veces de forma deliberada y sistemática)

y las emociones que esos hechos generan—o incluso otros totalmente inventados— pasan a primer plano. A veces, la posverdad se manifiesta como una especie de mentira arquitecturada, cohesiva y sistemática en la que la coherencia interna le gana al anclaje al mundo real.

Uno de los problemas de la posverdad es aparecer como una alternativa a la verdad, como si la verdad fuera una cosa que alguien *tiene*, y no lo que es: un objetivo desconocido en el horizonte hacia el que vamos, y para el que necesitamos una brújula. Si nos sentimos perdidos, podemos construir una brújula. Si no nos ponemos de acuerdo en cuál es el norte, no habrá brújula posible y estaremos condenados a vagar siguiendo los caminos erráticos de la ignorancia. O peor, condenados a seguir a quien cree un norte que puede mover a su conveniencia.

La posverdad es al mismo tiempo producto y causa de una grieta infinita. Una en la que las personas convivimos transitando narrativas paralelas en mundos solapados donde la física se rompe, y podemos atravesarnos los unos a los otros sin que medie influencia alguna que logre desviar las trayectorias predeterminadas de lo que hemos decidido va a ser *la realidad*. Esta fractura, esta discontinuidad en el paisaje, es una amenaza para nuestra convivencia como especie en este planeta y, así, para nuestra supervivencia.

Lo que sigue es un intento de entender el problema, compartir tanto su importancia como su urgencia, y aportar algunas herramientas concretas para abordarlo.

Introducción

Cada año, el diccionario Oxford elige la 'palabra del año'. En 2016, esa palabra fue ***posverdad*****, definida como '*las circunstancias en las que los hechos objetivos influencian menos a la opinión pública que las apelaciones a la emoción o a las creencias personales*'. A fines de 2017, el término ingresó al diccionario de la Real Academia Española, pero allí fue definido de modo ligeramente distinto: '*distorsión deliberada de una realidad, que manipula creencias y emociones con el fin de influir en la opinión pública y en actitudes sociales*'.**

Hay quienes consideran que no deberíamos hablar de posverdad sino sencillamente de mentira o falsedad. La definición en español parece acompañar esa idea, como si se tratara siempre de un engaño intencional. Pero esta mirada hace perder un poco de vista el hecho de que no siempre hay una intencionalidad en ignorar la información que se tiene, en pos de tomar posturas que la contradicen y se basan en la emoción. A veces, y tal vez sea esta una de las componentes más críticas del problema, lo que ocurre es que hay cierta indiferencia ante la distinción misma entre lo que es la mentira y lo que es la verdad. A veces, que algo sea verdad simplemente no es importante para la persona.

El uso más frecuente que se le da a la palabra posverdad está asociado a la política. Se habló mucho de la *política de la posverdad* en el contexto del referéndum sobre la permanencia del Reino Unido en la Unión Europea (*Brexit*) y de las elecciones presidenciales en Estados Unidos que terminaron con Donald Trump en la Casa Blanca. En ambos casos, las campañas electorales de quienes ganaron se apoyaron en algunos datos que luego quedó claro que eran falsos, como que el Reino Unido ahorraría dinero si se separaba de la UE, o bien en frases vagas como '*hagamos grande a Estados Unidos otra vez*'. Hubo exageraciones, desinformación y falsas promesas, como si los políticos hubieran decidido revivir la frase de H. L. Mencken: 'Hay una solución conocida para todo problema humano: clara, plausible y equivocada'. Alrededor de estas elecciones se generó un

ambiente de polarización exacerbada, en el que lo que dicen los *nuestros* está bien y lo que dicen los *otros* está mal, sin importar si es verdadero o no.

No es que las mentiras partidistas en política sean cosa nueva. Ya Tucídides habla de ellas en su libro sobre la Guerra del Peloponeso, en el siglo V a. e. c., cuando dice "Para adaptarse a todos los cambios y los acontecimientos, las palabras también tuvieron que alterar sus significados habituales". Lo novedoso es que, **cuando quedó claro que las campañas estaban inundadas de datos falsos, muchos de los votantes no se sintieron engañados, como si la *verdad*, en su sentido más extenso o incluso en el más limitado, ya no fuera relevante frente a cómo los hizo *sentir*.** Ya no había en algunos políticos ni siquiera una intención de *parecer* estar diciendo la verdad, porque lo que se decía era fácilmente contradicho por los hechos que estaban al alcance de todos.

Hubo voces alertando contra esto, voces expertas que no fueron tomadas en cuenta. Quizás también la tendencia a desconfiar de los expertos es algo a considerar en todo este asunto.

Es demasiado temprano para saber si estamos en la 'era de la posverdad'. Pero sabemos que este fenómeno se ve en otras áreas más allá de la política, áreas en las que tenemos datos, sabemos cosas y, aun así, hay quienes hacen a un lado todo eso y toman una postura que no se sostiene en los hechos. Por ejemplo, sabemos que las vacunas son mayormente seguras y muy eficaces para prevenir enfermedades, y que los seres humanos somos en gran parte responsables del calentamiento global que amenaza nuestra supervivencia. Sin embargo, hay quienes creen que las vacunas provocan autismo, o que el cambio climático antropogénico es una mentira. ¿Por qué pasa esto? ¿Hay también en estos casos una desconfianza hacia los expertos? ¿Será que los expertos no logran comunicar adecuadamente sus ideas y por qué las sostienen?

Hablar de la posverdad nos obliga a hablar de la verdad. Y acá tenemos problemas con una palabra que significa diferentes cosas según el contexto. El concepto de verdad es algo muy concreto en áreas como la matemática, la lógica o la metafísica, en donde la verdad se obtiene deductivamente. No es ese el sentido de verdad acerca del que hablaremos en este proyecto. **Abordaremos acá la *verdad* como una cuestión fáctica, como la correspondencia entre lo que decimos y lo que ocurre en el mundo. Nuestro enfoque sobre la verdad será más bien práctico**. Esto es, **asumiremos que existe un *mundo real*, independiente de nosotros, que la *realidad* existe y que podemos acceder a ella.**

Nuestro acceso a la realidad es imperfecto porque es a través de herramientas imperfectas: nuestra experiencia es subjetiva, nuestros sentidos nos cuentan qué ocurre, y nuestras interpretaciones acerca de lo que significan los hechos pueden variar. Podríamos llorar sobre la leche derramada, quejarnos de nuestros límites, o podríamos aceptar que es lo mejor que tenemos a disposición y, dado esto, considerar nuestras limitaciones como parte del proceso para acceder a la realidad. A partir de ahora y en el resto de este proyecto, *verdad* debería leerse en este sentido: **no como algo absoluto y de certeza total, pero tampoco como un 'vale todo'**. Y es esta delicada distinción uno de los puntos centrales que trataremos en las próximas entregas.

Entonces, **hay un *mundo real* ahí afuera que parece comportarse con reglas propias y en el que ocurren cosas. Eso que ocurre son hechos, hechos reales. No existen los 'hechos alternativos'**. Tenemos datos acerca de esa realidad, contamos con información como nunca antes en la historia de la humanidad. Tenemos también la capacidad y las herramientas para entender cada vez mejor el

mundo, para conocerlo incluso en aquellas cuestiones que nos son esquivas. Para eso, hace falta entender varios puntos primero. Por un lado, **necesitamos poder distinguir *algo que se sabe de algo que no se sabe***. ¿Cómo averiguamos cuál es la verdad? ¿Qué información necesitamos? ¿Cómo la conseguimos? **¿Cómo sabemos lo que sabemos?** Por otra parte, debemos entender cómo se difunde la información. Los medios de comunicación tradicionales están siendo desplazados por nuevos medios. Con las redes sociales se volvió muy sencillo compartir noticias, algunas ciertas y otras falsas. Todos podemos publicar contenido nuevo que rápidamente se suma y se mezcla con lo ya disponible. En pocos minutos una noticia de un atentado o un terremoto puede dar la vuelta al mundo, pero del mismo modo lo hace un rumor, una noticia falsa o un chisme mundano. Por un lado, la capacidad de generar y consumir contenido de manera paralela a los medios de comunicación tradicionales nos da mucha independencia y libertad. Por el otro, **a veces se vuelve especialmente difícil saber qué valor darle a cada información particular**.

Aunque sea en forma tentativa y provisoria, con aciertos y errores, tenemos la capacidad de conocer la realidad y transformarla a partir de ese conocimiento, como lo demuestra toda la historia humana desde la invención de las primeras herramientas de piedra hasta la de la inteligencia artificial. Sin embargo, muchas veces nosotros mismos cerramos ese acceso, y necesitamos estar, como mínimo, abiertos a la posibilidad de que sea así.

Además de todo esto, no estamos solos. Independientemente de si le otorgamos a este hecho una carga moral, toda diversidad de perspectivas genera un *nosotros* y un *los otros* pero, a la vez, compartimos todos este mismo planeta, esta misma realidad. Compartimos también preocupaciones, problemas y esperanzas. Para poder conversar esas diferencias de perspectiva con esos otros, necesitamos ponernos de acuerdo en cuáles son los hechos que observamos desde nuestras particulares perspectivas. Sin ese primer acuerdo, no hay intercambio posible de ideas o argumentos, no hay modo de tener experiencias compartidas y corremos el riesgo de volvernos impermeables al otro. Tener una realidad común a todos es una base que puede permitir tanto que concordemos como que discrepemos en rumbos posibles de acción. Pero estaremos juntos y conversando, y ese es el primer paso. Es por eso que la pelea contra la posverdad es, también, una pelea por preservar la posibilidad de vínculo humano.

Podemos tratar de entender mejor la posverdad, especialmente para poder detectarla, enfrentarla, y sobrevivir (nosotros y nuestra especie) a ella. El camino es largo y complejo, sí, pero también muy interesante y transformador. El solo hecho de transitarlo puede no sólo enseñarnos mucho sobre el mundo (y sobre nosotros mismos), sino darnos la posibilidad de recuperar agencia. De reclamar la oportunidad no sólo de observar en libertad el mundo como *es*, sino de usar las mejores herramientas posibles para imaginar el mundo como queremos que sea, y así ayudar a construirlo.

Si te explicara los trucos te daría una solución pero no te daría todas las soluciones.
James Randi, mago profesional y desenmascarador de charlatanes.

Cómo sabemos lo que sabemos

Como un primer paso para empezar a recorrer el camino que nos permitirá identificar la posverdad y enfrentarla, necesitamos darnos cuenta de **cómo podríamos diferenciar algo que *se sabe* de algo que no**.

Para abordar esto, una pequeña historia: la de la vitamina C y los resfríos.

A veces está bueno contar historias. No porque las historias en sí demuestren algo. No lo hacen, ya que como autora selecciono las historias que ilustran lo que quiero contar y además, en todo caso, no son generalmente más que anécdotas particulares, algo muy lejos de ser prueba de nada. Pero las historias muchas veces son interesantes en sí mismas, nos dan contexto, nos presentan épocas y personas. Además, las historias están con nosotros desde hace mucho. Son parte de nuestra humanidad.

Hace no tantos años era muy común tomar vitamina C para evitar los resfríos invernales. El sonido de la tableta naranja efervescente disolviéndose en agua es parte de la infancia de muchos de nosotros. No es que nuestros padres estuvieran locos: la idea de que tomar 1 o 2 gramos de vitamina C por día protege de los resfríos fue difundida nada menos que por Linus Pauling, uno de los científicos más importantes del siglo XX. Sus descubrimientos acerca de la naturaleza de las uniones químicas le valieron el Premio Nobel de Química en 1954. Además, luego del horror de las bombas nucleares en Hiroshima y Nagasaki, se convirtió en un importante activista político, lo que le valió un Premio Nobel de la Paz en 1962.

Así que, cuando Pauling se abocó, a fines de los años ’60, a defender la idea de que los resfríos se pueden prevenir o acortar con la ingesta de vitamina C, muchos lo tuvieron en cuenta. Pauling fundó un instituto para investigar los beneficios de la vitamina C. ¿Se alcanza a ver el problema? **Cuando alguien diseña un experimento, lo hace para *averiguar si* algo es o no del modo que imagina, no *para probar que* algo es del modo que imaginan**. Pauling ya estaba convencido de esta idea, aun antes de hacer los experimentos. Hay una enorme diferencia entre creer que algo puede ser cierto, y estar convencido de que algo es cierto *antes* de tener pruebas concretas de que es así. Eso, de por sí, ya es una muy mala señal si queremos averiguar si algo funciona o no.

Pauling había comenzado a tomar diariamente 3 gramos por día de vitamina C y estaba seguro de que se resfriaba menos, y de que eso ocurría debido a la megadosis de esa vitamina. Con esa creencia, y sumando algunas investigaciones que había leído sobre el tema, en 1970 escribió un libro de comunicación de ciencia que tuvo mucho éxito y que instaló en la sociedad la idea de que la vitamina C era efectiva contra los resfríos. Alrededor de todo esto comenzó la industria de venta de suplementos de vitamina C en las farmacias. Pocos años después, ya eran millones y millones las personas que seguían el consejo de Pauling de tomar 2 o 3 gramos de vitamina C por día.

Después de todo, parecía razonable: Pauling, un hombre de una inteligencia y dedicación notables, premiado por la comunidad de investigadores, decía que la vitamina C curaba los resfríos. Debía de

tener razón, ¿no? No. **Las *opiniones* de los científicos no tienen más valor que la de cualquier otro, salvo cuando están basadas en evidencias**. Cuando es así, no sólo dejan de ser meras opiniones sino que deja de ser importante quién es el emisor (o si ese emisor es o no un científico). Para obtener evidencias, se necesita realizar una investigación científica que cumpla determinadas reglas para dar resultados confiables. **La ciencia es un *cómo*, no un *qué* (y menos que menos un *quién*)**.

Más allá de haber probado megadosis de vitamina C sobre sí mismo, los primeros experimentos de Pauling, en su instituto fundado para tal fin, dieron resultados que parecían avalar la efectividad de la vitamina. Pero hacia 1980 comenzaron las primeras dudas, basadas principalmente en que metodológicamente los experimentos de Pauling no eran del todo correctos, y en que las interpretaciones de los resultados eran sesgadas.

¿Qué podría haber hecho Pauling para confirmar si su sospecha era cierta? Para empezar, podría haber comparado un grupo de personas que recibiese la vitamina con uno que tomase algo que luciera igual, pero que no tuviera vitamina (lo que llamamos placebo). Además, como lo que se evaluaba era la aparición de resfríos —una enfermedad de sintomatología muy variable entre las personas—, habría sido necesario que estos grupos estuvieran compuestos por muchos individuos (disminuyendo de esa manera el peso de las particularidades de cada uno), y que el estudio fuera suficientemente largo en el tiempo. Pero, si Linus todavía hubiera querido tener más información, debería haber repetido el experimento varias veces, y esto debería haber dado siempre más o menos el mismo resultado para poder afirmar que efectivamente la vitamina C funcionaba contra los resfríos.

Algunos de los problemas metodológicos de los experimentos de Pauling eran que no tenían un grupo de personas control que recibiera placebos, que los grupos eran muy pequeños, o los resultados no eran adecuadamente interpretados.

Otros institutos se sumaron poco a poco en la investigación de este tema. A medida que se hacían nuevos estudios, estos eran progresivamente mejores y más cuidadosos desde el punto de vista metodológico. Y acá empezaron las diferencias grandes, porque los resultados que se fueron obteniendo se inclinaban hacia que las personas tratadas con vitamina C y las tratadas con un placebo *se resfriaban igual*. En el mejor de los casos, el grupo tratado con vitamina manifestaba resfríos menos severos, pero no mucho más que eso. Pauling no aceptó estos resultados y nunca cambió su postura al respecto. La comunidad médica y científica, que tenía en cuenta la calidad y cantidad de las evidencias disponibles, nunca lo avaló.

Entonces, cuando uno evalúa en conjunto las evidencias sobre este tema, y excluye la opinión de Pauling, no parece que se justifique consumir dosis tan altas de vitamina C. No se justifica que gastemos dinero en comprar estos suplementos en la farmacia. La cantidad de vitamina C que necesitamos para estar saludables bien puede obtenerse con una dieta adecuada rica en alimentos que la contienen. Sin embargo, estos suplementos se siguen vendiendo en las farmacias y muchos los siguen comprando. ¿Por qué? Algo está pasando, y necesitamos entenderlo.

Evidencias, necesitamos evidencias

La información, tanto la de buena como la de mala calidad, nos llega de muchas maneras distintas. Hablamos con vecinos, amigos, familiares. Leemos diarios, vemos la tele. Participamos de redes sociales. Escuchamos a expertos, a nuestros médicos, a nuestros referentes culturales, a los famosos. Tenemos también nuestra experiencia personal: los aprendizajes de la vida. Todo eso confluye en hacernos llegar opiniones o ideas acerca del mundo en un bombardeo que no siempre logramos evaluar con cuidado.

No todo en la vida es intercambiar información, claro. Los seres humanos somos muy complejos. Pensamos a partir de una combinación de varios componentes que se mezclan y entrelazan: razón, emoción, valores, tradiciones. Somos seres individuales, todos diferentes, pero con mucho en común. Valoramos la belleza del mundo. Hay quienes ven belleza en el arte, y hay quienes la ven en la matemática o en la naturaleza. Pensar en términos de evidencias quizás parezca algo muy frío y analítico, algo que borra las sutilezas que nos hacen ser quienes somos. Pero yo creo que no es así. Justamente veo en esto una prueba más de todo lo que nos une como personas, y me parece hermoso.

A veces, tenemos en cuenta nuestra propia experiencia personal o la de otros. Volviendo a lo de la vitamina C, si solemos consumir con regularidad suplementos de 1 o 2 gramos de vitamina C por día y nos parece que nos resfriamos menos que otras personas, posiblemente tendamos a pensar que eso se debe a que la vitamina C nos está protegiendo. Si algún familiar o amigo nos dice que hace esto, quizás lo tomaremos en cuenta también. Y si un deportista o artista famoso dice lo mismo, quizás nos resulte aún más poderoso. Después de todo, los famosos suelen tener acceso a 'lo mejor de lo mejor' y, si ellos eligen algo, seguramente es porque es maravilloso. ¿O no?

El problema con las posturas que parten de experiencias personales (propias o ajenas), es que eso no es de ninguna manera garantía de que no sean completamente equivocadas. En todos los casos mencionados antes, podemos encontrar los mismos problemas. ¿Cómo saber si realmente nos estamos enfermando menos que otras personas? ¿Estamos contando bien cuánto se enferma la gente, o sólo es una vaga impresión que tenemos? Y aun si fuera cierto que nos enfermamos menos, ¿cómo podemos saber si se debe a la vitamina C que tomamos como suplemento? ¿La causa no podría ser cualquier otra cosa como, por ejemplo, cuánto dormimos, cuán expuestos estamos a los virus que causan el resfrío, o lo que comemos? Cuando empezamos a *diseccionar* lo que podría estar pasando vemos que, más allá de la sensación de que algo que hacemos funciona, no tenemos realmente *pruebas claras* de que sea así.

Ahora subamos un escalón en esta escalera ficticia. Ya no es un amigo u otra persona quien nos dice que desde que toma vitamina C se resfría menos. Ahora leemos en un diario que se realizó una *encuesta* con 1000 personas y el 82% de ellas considera que es así, que la vitamina C previene los resfríos. ¿Y ahora? ¿A esto le creemos más? Podríamos pensar que 820 personas es muchísima gente y que esto tiene más peso que lo que nos dijo nuestro amigo o vecino. Pero no es así. **La realidad no se vota. La democracia no sirve para averiguar si un hecho real es o no de determinada manera.** Una encuesta sí es útil, en cambio, como método para averiguar la *opinión* de la gente respecto de un tema. En este caso, sirve justamente para saber lo que opinan acerca de la vitamina C. Pero un agregado de opiniones que no se basan en evidencias no es de ninguna manera

más que eso: un agregado de opiniones. Este es un punto urticante pero clave: **una encuesta no es un método válido para conocer mejor los hechos del mundo natural**. Esas 820 personas pueden estar tan equivocadas como nuestro amigo, vecino o famoso, respecto de si la vitamina C efectivamente previene resfríos.

¿Entonces? Estas personas (un amigo, un famoso, o una encuesta) no son expertas en el tema, pero lo que dicen suele tener cierto impacto en nosotros. Las opiniones, anécdotas o relatos de experiencias propias son datos que tenemos en cuenta. Y puede que sirvan. O puede que no. No podemos saberlo sólo con esta información.

Es increíble cuántas veces por día intercambiamos este tipo de informaciones entre nosotros. Cuando empezamos a prestar más atención, vemos que está en todas partes: nos recomendamos desde dónde comprar las mejores verduras a médicos o electricistas. En general, trato de estar atenta a cuando esto ocurre. En muchos casos no parece ser demasiado importante hacerlo o no. Por ejemplo, si la conversación es acerca de gustos personales, sentimientos o ideas, las opiniones y experiencias son centrales. Pero si el tema que estamos tratando se refiere a la realidad del mundo y creo que se pone en juego algo más relevante (si alguien duda respecto de la seguridad de las vacunas, por ejemplo), ahí sí me esfuerzo en detectar si la información que me llega, o la que yo digo, está sostenida por evidencias confiables, o no. No siempre me sale, claro, pero estar atenta ayuda, creo.

¿Pero qué pasa si la persona que nos recomienda tomar vitamina C para no resfriarnos es un médico o un experto en otra área relevante para este problema? Y acá hay algo importante, tanto que merece volver a decirse: **no es tan importante *quién* dice, sino *en qué se está basando* esta persona para decirnos esto**. ¿Se basa en su experiencia personal? ¿Desde que él o ella toma vitamina C le parece que se resfría menos? Si es así, no es en principio una situación diferente respecto de lo que decíamos antes y estamos frente a otro Pauling. Volvemos a estar hablando de opiniones, de casos anecdóticos.

¿Qué pasa si, en cambio, esta idea se cimienta en algún tipo de evidencia, de prueba más poderosa? Lo primero sería preguntarnos cuáles podrían ser estas evidencias. ¿Qué buscaríamos como dato confiable? Si hay investigaciones científicas que muestran que la vitamina C protege de los resfríos mediante estudios cuidadosos en los que, por ejemplo, comparan cuánto se enferman un grupo de personas que no toma los suplementos y otro grupo que sí lo hace, ya tenemos información más confiable. Si nuestro médico nos dice eso, basándose en información de este tipo, ahí sí es más confiable que si lo leyó en una revista en la que un famoso recomienda tomar vitamina C, o si se está basando en su propia experiencia personal, anecdótica, al igual que nuestro amigo ficticio o las 820 personas de la encuesta.

Lo que importa no es si algo es enunciado o no por un experto, sino qué es lo que esa persona está usando como *insumo* para afirmar algo. **Sí, la opinión de un médico, como pasaba con la opinión de Pauling, vale lo mismo que la de cualquiera: nada, a menos que esté respaldada por evidencia.** No es una cuestión de inteligencia o de títulos. Pocos más preparados o más inteligentes que Pauling, que igual se equivocó con este tema.

Hay algo en esto que, a veces, complica estar alerta. Cuando alguien nos hace este tipo de recomendaciones, muchas veces lo hace con afecto, pensando en nuestro bienestar. Es difícil buscar

si hay o no evidencias detrás de lo que nos dicen porque parece ser una muestra de desconfianza y, por extensión, un rechazo al interés que muestra esa persona en nosotros. Algo que intento hacer en estos casos, y acá soy yo quien está haciendo una recomendación basada en mi experiencia personal (y que celebraría ver medida y confirmada en un experimento controlado), es separar los tantos: me quedo con lo bueno -la muestra de cariño (‘¡gracias!’)- e, igualmente, me pregunto si eso que me dicen es o no como me dicen.

Pero no sólo existen las equivocaciones, sino que hay personas que explotan la ambigüedad o, incluso, la falta de información sobre cómo elegimos en qué información confiar. La industria de la publicidad (¿o debería decir *9 de cada 10 publicistas*?) aprovecha esta confusión a su conveniencia todo el tiempo mostrando odontólogos, nutricionistas o médicos que nos recomiendan determinados productos, sin que sea claro si esos productos son o no en verdad efectivos o si atravesaron un proceso metodológicamente válido para sustentar lo que dicen.

Entonces, ¿qué características esperaríamos en una afirmación para poder confiar más en ella? Necesitamos que este tipo de afirmaciones estén sostenidas por evidencias de calidad. Por ejemplo, si leemos directamente un trabajo científico, o si nos lo cuenta un experto, o lo leemos (adecuadamente expuesto) en un medio de comunicación, podemos confiar más que si esta información no existiera y solamente contáramos, como mucho, con opiniones o experiencias personales. No hay reglas que puedan aplicarse ciegamente, pero sí podemos incorporar algunas ‘reglas generales’ que nos pueden orientar. **Lo importante es que empecemos a ver la confianza en una afirmación como un continuo y no como un blanco o negro.** No es cuestión de estar o no seguros sino de estar un poquito más o un poquito menos seguros a medida que aparece evidencia nueva.

Esta es otra pequeña cosa que me parece bella, además de útil. No existe la certeza absoluta en las afirmaciones que se refieren a hechos del mundo real, pero sí hay cosas más confiables que otras. Donde quizás algunos se sientan incómodos con la incerteza, yo veo algo bello y flexible, en donde no se me obliga a tomar partido absoluto por algo sino que más bien se me invita a apoyar de forma proporcional a la confianza que tenga, y a basar esa confianza en las evidencias con las que cuento.

Cuando quisimos evaluar si la vitamina C efectivamente previene los resfríos o no, vimos que no pudimos hacerlo a menos que tuviéramos en cuenta el *tipo y calidad* de las evidencias científicas que había al respecto. No bastó con que nuestros padres nos hubieran dado los suplementos de chicos, ni con el hecho de que un experto como Linus Pauling sostuviera esa postura. Nuestro experto de referencia era nada más y nada menos que un doble Premio Nobel, queridísimo y admirado por sus colegas. Era un hombre sumamente inteligente y capaz que, justo en este tema en particular, estaba completamente equivocado. Porque, por más Premio Nobel que fuera, era también un ser humano, con la capacidad de equivocarse que tenemos todos los seres humanos. **Y porque podemos –y solemos– equivocarnos, es que necesitamos una *metodología* para entender qué es evidencia y qué es, apenas, opinión**.

Cómo acercarnos a la verdad

Aceptamos entonces que hay un ‘afuera’, un mundo real. Pero también sabemos que no podemos confiar demasiado en nuestra experiencia personal o en nuestras intuiciones. Para obtener

respuestas, necesitamos un modo de encarar las preguntas buscando evidencias concretas y confiables. Tenemos ya este 'modo de abordar preguntas': **las herramientas de la ciencia nos permiten examinar nuestras creencias, lo 'más fuera de nosotros' que se puede**.

Cuando pensamos en la ciencia puede que recordemos asignaturas de nuestras escuelas secundarias en las que se nos pedía aprender datos de memoria o realizar procedimientos de modo mecánico sin entenderlos realmente: conocer las características que describen a los artrópodos, balancear ecuaciones químicas o enunciar las leyes de Newton. También es posible que la palabra ciencia nos evoque un tipo de noticia de los medios de comunicación, como cuando se envía un satélite nuevo al espacio o se descubre un posible medicamento que cura una enfermedad. **La ciencia es todo esto, sí. Es una acumulación de conocimiento ya logrado por la humanidad mediante la actividad científica. Es un *producto*, es *lo que sabemos*. Pero la ciencia es mucho más que resultados. Es *también* una *metodología*, una serie de herramientas mentales. Es un *proceso*, un 'verbo'. Es *cómo sabemos lo que sabemos, es un mecanismo que nos permite lograr conocimiento.***

Cuando acá hablemos de **ciencias**, nos referiremos sólo a las que comparten la *metodología* de realizar observaciones o experimentos que nos permiten averiguar cómo ocurren determinados fenómenos del mundo real. Haremos foco en la *manera* en la que se responden las preguntas y no tanto en el *tema* que abordan esas preguntas. Así, en este uso de la palabra ciencia, quedan incluidas las ciencias naturales, que son las que estudian fenómenos de la naturaleza. Y también consideraremos ciencia a otros problemas que no parecen formar tan claramente parte de la ciencia en cuanto al tema, pero sí cuando tomamos en cuenta la metodología que utilizan como, por ejemplo, cuando se quiere averiguar si un nuevo medicamento es o no efectivo. No discutiremos acá ni lo que ocurre con las ramas no empíricas de la matemática, ni lo relacionado con la tecnología, por ejemplo. Respecto de las ciencias sociales, hay áreas en las que este enfoque metodológico aplica, como la econometría o la psicología experimental, y otras en las que no tanto. Por eso, creemos que, **para la discusión de cómo acercarnos a la verdad, es irrelevante de qué tema estamos hablando**. Lo que necesitamos es entender mejor la ciencia, entendida como metodología, como verbo, como manera de acercarse al conocimiento, y no como un contenido disciplinar. Como dijo Karl Popper en su libro Conjeturas y refutaciones, "la clasificación en disciplinas es, comparativamente, poco importante. Somos estudiantes de problemas, no de disciplinas".

En este proyecto, llamaremos ***conocimiento científico*** a aquel que puede ser obtenido con esta metodología, sin prestar atención al tema. Este conjunto de herramientas nos permiten averiguar si una idea que tenemos sobre el mundo se corresponde con el mundo o no. La ciencia, la de responder preguntas con este tipo de mirada de búsqueda de evidencias, empieza a estar en casi todo lo que nos rodea.

Lo que a nosotros nos importa para acercarnos a cuál es la verdad es entender cómo se genera conocimiento confiable. En gran parte, aunque no solamente, este conocimiento proviene de la actividad científica entendida como una metodología en particular que *genera evidencias* con mayor o menor grado de confiabilidad.

La solución para todas las soluciones

Respecto de la vitamina C, llegamos a una solución, a algo que podemos decir que sabemos: las evidencias científicas, que son muchas y muy confiables, no apoyan la idea de que la vitamina C sea efectiva contra los resfríos. Esta es la verdad en este tema, y si viene alguien a decirnos que en realidad para él o ella la vitamina C funciona, es sólo una opinión y no mucho más.

Como ya mencionamos antes, esto no es una verdad absoluta pero es algo que, al estar sostenido por muchas evidencias, tiene un grado de certeza extremadamente alto. Y acá empieza a aparecer un desafío que me parece interesante: si la confianza que puedo tener en una afirmación es más un 'degradé' que algo categórico y, en algún punto, necesito decidir si confío o no, ¿qué hago? A mí me gusta pensar en estos términos: no hay certeza total, pero puedo operar en el mundo con poca, bastante, o mucha confianza en una afirmación, sin dejar de tener presente que se trata de verdades que pueden ir volviéndose más confiables o menos confiables a lo largo del tiempo, según lo que vayan diciendo las evidencias. En mi caso, yo ya decidí: no compraría nunca más un suplemento de vitamina C. O por lo menos no lo haría a menos que aparezca evidencia nueva, de calidad, a su favor.

Pero, después de tanto trabajo de tanta gente, sólo tenemos esta *solución* y ninguna otra. No sabemos si otras vitaminas funcionan o no para lo que se promete, o si la vitamina C es buenísima para alguna otra cosa, ni sabemos más acerca de nada. Estamos corriendo atrás de los problemas y seguimos sin saber si hay o no algo que podemos hacer nosotros para movernos mejor en este mundo lleno de información que unas veces es correcta y consistente y otras es irrelevante, incompleta o, directamente, contradictoria.

El tema del *saber* o del conocimiento es tan resbaloso como el tema de la verdad. **La filosofía tiene montones de definiciones de qué es *saber*. Nuestra posición en esto es la misma que la que tomamos para la definición de verdad: algo práctico, provisorio, gradual, y siempre sujeto a revisión a la luz de la evidencia**. En este marco, si queremos saber, necesitamos poder encontrar esas pocas afirmaciones confiables —esto es, apoyadas por evidencia— que parecen estar perdidas en medio de ese mar de conocimiento. No sólo debemos encontrarlas, sino que también debemos aceptarlas para no caer en la posverdad. ¿Pero cómo lograrlo?